

Heraldo de Castellón

DIARIO ANTIFASCISTA

Año XLVIII
Núm. 14.639

Franqueo
concertado

Sábado 31 de Julio de 1937
Redacción, Administración y talleres: D. Ibarzuri, 11

Tel. 1533
Apartado 12

El castillo de naipes de la No Intervención

La cuestión de España no puede dejarse reducida a un conflicto interior

Don Augusto Barcia, ex Ministro de Estado de la República, publica en el "Journal des Nations", el siguiente artículo:

Se cree de una manera casi general que las deliberaciones del Comité de No Intervención de Londres tienen por objeto aplazar todo lo posible el retroceso a que le obliga el haberse metido en un callejón sin salida con el famoso "incidente del Leipzig". Y no faltan hombres de buena fé que se muestren satisfechos de la marcha que siguen las negociaciones sobre el problema español. No podemos compartir esta satisfacción. Vemos agravarse gradualmente la situación internacional. Son muchos los que se dejan engañar por sus deseos, no sabiendo descubrir la realidad profunda del problema español. Y bien pronto van a desplomarse, a hundirse los castillos de naipes levantados por las Cancillerías que por no tomar en cuenta más que la comodidad de hoy, no ven los riesgos enormes de mañana.

Los problemas de alcance histórico real no admiten ciertos tratamientos. Si no se les ataca con los métodos que exigen su verdadera condición, se complican y agravan. A esa categoría pertenecen las cuestiones que se discuten a propósito de la guerra de España, cuyo valor y significación son internacionales, y que es imposible transformar o desnaturalizar por medio de habilidades y ficciones. Si el conflicto hubiese sido exclusivamente español, jamás hubiese llegado a tener el alcance actual y no supondría las consecuencias que acarrearán de una manera inevitable.

No se comprende como todos los hombres que están en el Poder en los principales países europeos han caído en el error inexplicable de querer limitar la guerra de España dejándola reducida a un problema puramente español. Como si los hombres, por poderosos que fueran tuviesen la facultad de cambiar la naturaleza de las cosas! La cuestión de España es la más difícil, la más grave, y la más compleja de las que debe resolver Europa.

España es el teatro del conflicto más peligroso que pueda presentarse actualmente a nuestro viejo continente.

Hay unanimidad en reconocer que el conflicto español afecta al "statu quo" del Mediterráneo. Supuesto esto, hay que preguntarse: ¿el "statu quo" Mediterráneo no es el edificio histórico que se ha levantado a través de luchas seculares entre España e Inglaterra, España y los Países Bajos, España y Francia, Inglaterra y Holanda, Francia y Europa, Francia y Alemania, luchas que comenzaron en el siglo XVI y continúan todavía en nuestros días?

Desde la época en que comenzaron las guerras para la dominación del mar, hasta la localización del problema marroquí, causa inmediata de la gran guerra, se estableció un régimen de intereses, se organizó un sistema de fuerzas alrededor de la navegación mediterránea. Tratan hoy algunos de modificar lo que fué edificado por la Historia.

La conquista de Abisinia por Italia es, después de la Gran Guerra, la primera tentativa intencionada de desarticular el or-

den político internacional europeo, modificando radicalmente el equilibrio de las fuerzas de las grandes potencias en el Mediterráneo. No analizaremos si este acontecimiento es dichoso o lamentable, propicio o desfavorable, beneficioso o perjudicial a la causa de la civilización. Es ya un hecho inevitable puesto que es un hecho consumado. No hay más que aceptarlo.

Italia, a causa del retraso con que realizó su unidad nacional, vivía en una posición secundaria. Sintiendo fuerte, basándose en títulos históricos y alegando su posición geográfica reivindicó un territorio al Norte de Africa, a título de "hinterland".

Así obtuvo la dominación de Tripolitania y de Libia, desde donde, después de haber consolidado sus derechos de metrópoli, afianzó su pie para lanzarse a designios más amplios. Se propone constituir un imperio y lleva a cabo la conquista de Etiopía; "que satisfacía plenamente todos sus deseos".

La conquista de ese nuevo dominio exalta sus apetencias. Consciente de su poder y creyendo disponer de medios suficientes para conducir sus proyectos a buen fin, a condición de poder contar con ayudas eficaces, descubrió ambiciones mayores. Calculó las dificultades y se decidió a desafiar los riesgos de sus nuevos planes. Sabía que sola no conseguiría realizarlos y buscó un asociado poderoso. Después de numerosos tanteos y rectificaciones llegó a aliarse con Alemania.

La nación alemana es un pueblo insatisfecho, porque el proceso de consolidación de su unidad le ha hecho participar igualmente con cierto retraso en el concierto europeo. Su poder, puesto al servicio de sus deseos insaciables, ha sido la causa permanente de las grandes perturbaciones europeas desde la mitad del siglo XIX hasta nuestros días.

Con pleno conocimiento de su fuerza, exaltada por ambiciones ilimitadas, creyéndose capaz de cambiar los destinos políticos del Continente y el curso de la Historia, ha provocado todos los grandes conflictos europeos desde 1860 a 1914. Apenas repuesta de las vicisitudes de 1918, se prepara de nuevo para la gran aventura.

Dos pueblos, que a veces han luchado el uno contra el otro, y que otras veces han unido sus fuerzas, Inglaterra y Francia, toman la dirección de los asuntos de Europa. Llegan a edificar dos grandes imperios coloniales, que lejos de excluirse o molestarse son, desde Facheda, las piezas maestras del sistema de fuerzas puramente europeas, porque sirven de base y de sosten al orden internacional que rige el antiguo continente, orden basado en la seguridad de las rutas marítimas y en el equilibrio del Mediterráneo.

Y en ese equilibrio es donde se entra en contacto con la gran cuestión que domina el problema español. Alemania e Italia, al principio del conflicto, querían ocultar sus verdaderos designios. Hoy no sucede lo mismo. Inglaterra y Francia, hábiles en cuanto a procedimientos, no quieren tener en cuenta ese nuevo estado de hecho. Y, solamente ahora, cuando se asegura poder encontrar en Londres la solución del problema español si se le reduce a las proporciones de una cuestión interior, se admite su condición de problema internacional. Para que el problema español deje de ofrecer ese carácter, es necesario deshacer la obra de Alemania y de Italia. Hasta que esto se consiga, tendrán esos países todas las ventajas, en virtud de la simple acción del tiempo.

Para llegar a esta situación lamentable, ha sido necesario que las democracias dejen desgarrar los pergaminos que desde hace siglos transmitían los principios reconocidos del derecho de gentes; ha sido necesario que nieguen a un Gobierno legítimo el derecho a defenderse, derecho que, hasta ahora, no se había negado jamás a nadie; ha sido necesario crear la fórmula vergonzosa de la "No Intervención", que permite a ciertas potencias intervenir impunemente en la guerra de España, cuando por definición no tienen por qué mezclarse en ella; ha sido necesario mofarse

COMENTARIO DEL DIA

ASESINOS POR LA PAGA

Uno de los aviadore alemanes, hecho prisionero estos días en el frente de Madrid, ha prestado declaración ante nuestras autoridades militares. Se llama George Kohl. Es de Amberg en el Palatinado, a orillas del Rin. Tiene 28 años de edad. Era piloto en la aviación alemana. Y hace algunos meses, pidió venir a España.

¿La causa? Sencillamente que deseaba ganar más dinero. "Sólo cobraba 110 marcos mensuales—ha dicho—y por eso me alisté para pelear a las órdenes de Franco. Además, afirmaban en mi regimiento que no correría peligro alguno, que la guerra española, para los aviadore, se reducía a servicios de poca importancia y riesgo. Por cierto que sólo llevaba dos semanas en España cuando fué incendiado mi aparato y tuve que recurrir al paracaídas para llegar al suelo indemne".

Terminó Kohl sus manifestaciones afirmando que jamás actuó en política y que no pertenecía al nazismo.

George Kohl, pues, es un simple condotiero; Alemania tuvo siempre la especialidad de los mercenarios, de los soldados de oficio, para quienes la bandera nada significa y sólo piensan en la paga y en las perspectivas del botín.

La mentalidad de George Kohl, ese rhenano del siglo XX, es la misma que la de los soldados de Wallenstein. El célebre general bohemio, caudillo de un emperador de Austria, era un mediano estratega, pero en cambio, llevó a su perfección última el arte difícil de reclutar ejércitos. Entonces no había quintas. Y las levas sólo permitían la organización de milicias adventicias, que se dispersaban apenas había que pelear. Y los Estados y los reinos se defendían, sobre todo, con tropas voluntarias internacionales. Gustavo de Suecia tenía, además de regimientos suecos, regimientos escoceses y alemanes. Su adversario, el soberano austriaco, oponía alemanes, españoles, ingleses, escoceses, irlandeses, italianos, checos, croatas y húngaros. Lo peor de cada casa acudía a las brigadas, coronelías y tercios buscando acomodo marcial...

Más tarde se perfeccionó el método. Algunos príncipes alemanes, comerciantes en carne de cañón, vendían o alquilaban regimientos enteros de súbditos suyos. El Gran Duque de Hesse cedió a Inglaterra, para que los enviase a América, a luchar con Washington, no pocos miles de mozos sacados a la fuerza de sus aldeas y que pelearon y murieron en la otra banda del Océano, por una causa que no les interesaba lo más mínimo...

Si se conserva en Alemania la tradición de Ernesto Mansfield, de Tilly, de Wallenstein, del Gran Duque de Hesse...

George Kohl ganaba poco, sirviendo en el Ejército de Hitler. Y creyó que viniendo a España le darían más. Por unos centenares de marcos mensuales, estaba dispuesto a bombardear ciudades abiertas y a asesinar mujeres, ancianos y niños. Cuando un caza nuestro abatió su aparato, se dirigió a Madrid, con nocturnidad y alevosía, para arrojar sobre la ciudad dormida, su cargamento de bombas.

Y esos son los héroes de Franco. Esos son los que luchan por restaurar (según Queipo) la vieja España gloriosa".

¿No dá asco y horror enterarse de estas cosas viles?

EDITORIAL

Demos a la facción el trato adecuado

¿Se han acabado los emboscados? Indudablemente, el emboscamiento ha tenido una enérgica y eficaz corrección. Coincidentes las autoridades y las organizaciones políticas y sindicales en el afán de poner coto al desenfadado con que los emboscamientos se producían, se ha logrado dejarlos reducidos a una proporción insignificantes. Suponer que no quedan emboscados sería excesivamente ingenuo.

Ahora bien, es indiscutible que han dejado de incorporarse a filas bastantes de los que debían de hacerlo. Claro que éstos ya quedan incluidos en otra categoría de traidores, pasando a constituir el núcleo de los desertores. Escondidos en las madrigueras creadas en la retaguardia por los traidores facciosos, dejan transcurrir los días en busca del momento propicio para eludir todas las responsabilidades, huyendo al extranjero.

Quien así procede, en todo caso es un traidor y para su delito está prevista la sanción. ¿Debemos conformarnos con las medidas y sanciones normales? En cualquiera otra guerra, en la mayoría de los casos el desertor es un cobarde, cuyo mayor castigo es el sentimiento despreciativo que inspira a todos sus conciudadanos. No podemos negar la posibilidad de que en la presente circunstancia sigan desertando algunos miedosos; pero hay que suponer que serán los menos. Esta duda puede disiparse fácilmente a través de los antecedentes personales de los interesados, cosa no difícil de establecer.

La mayoría de los actuales desertores son facciosos, que han permanecido en nuestro territorio para favorecer al enemigo con su acción disolvente en la retaguardia o engañados con la falsa ilusión de la pronta llegada de las fuerzas reaccionarias. Mientras no se les exige ningún género de cooperación a la lucha de los leales, les convenia permanecer emboscados en la retaguardia, preparados para colaborar con los rebeldes cuando las circunstancias fuesen propicias o se les exigiese algún determinado servicio. ¡Ah!; pero puestos en el trance de sumarse al ejército popular, por estar comprendidos en los reemplazos movilizadas, no dudaron lo más mínimo en proceder como lo que son, ocultándose primero y huyendo tan pronto como les ha sido posible.

De qué esto es así no hay duda alguna. Con bastante frecuencia se reciben noticias de detención de desertores que pretenden huir por mar o tierra. De tal modo logramos saber los que pretenden escapar; pero ¿cuántos lograrán burlar la vigilancia de nuestras autoridades? Y no es que con esto queramos arrojar la más mínima sombra sobre la eficacia de nuestras fuerzas de vigilancia. Nada de eso; es, por el contrario, que nos damos perfecta cuenta de los muchos elementos que en la retaguardia están dispuestos a colaborar en cuanto pueda perjudicar a los poderes legítimos, lo que hace dichisima la tarea de suprimir esas evasiones.

Mas esto no ha de interpretarse en el sentido de que juzgamos el mal irremediable. Si así fuese, por lealtad a la causa eludiríamos el tema. Preciamente lo abordamos por estar convencidos de lo contrario. A juicio nuestro, es menester legislar a tono con lo especial de las circunstancias actuales. Fácil es saber quiénes han dejado de incorporarse a filas. Huidos o escondidos, todos habrán de ser considerados como facciosos y como tales deben ser tratados. Podrán escaparse y lograrán eludir el cumplimiento de su deber. Conformes. Pero no podrán evadir nuestra sanción. Todos esos desertores facciosos deben ser perseguidos implacablemente en todos sus bienes. En su mayoría son antiguos propietarios o capitalistas. Que la República los trate como facciosos y se incaute de todas sus propiedades, así como de las de cuantos se haya probado que han cooperado a la ocultación o evasión de los mismos. Si esto no corta de raíz el mal, lo reducirá en grado sumo. Y si así no fuese, al menos esos graves delitos no quedarían sin la merecida sanción. Además, sería este uno de los mejores medios de desarticular la red de traidores emboscados en la retaguardia.

Creemos que el tema merece ser meditado y resuelto.

